

LUNES VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Marcos 10, 17-27

En aquel tiempo, cuando salta Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: -«Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» Jesús le contestó: -«¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios. Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre.» Él replicó: -«Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño.» Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: -«Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego sígueme.» A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico. Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: -«¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el reino de Dios!» Los discípulos se extrañaron de estas palabras. Jesús añadió: -«Hijos, ¡qué difícil les es entrar en el reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios.» Ellos se espantaron y comentaban: -«Entonces, ¿quién puede salvarse?» Jesús se les quedó mirando y les dijo: -«Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo.»

Podemos meditar los siguientes puntos:

1. La Sinceridad en la Búsqueda de Dios. El joven se acerca a Jesús con una pregunta genuina. Su deseo de heredar la vida eterna es sincero, y su respeto por los mandamientos es admirable. Esto nos recuerda la importancia de acercarnos a Dios con un corazón sincero, buscando verdaderamente su voluntad para nuestras vidas.

2. La Trampa de las Riquezas. No es que poseer bienes sea malo en sí mismo, sino que el apego a ellos puede convertirse en un obstáculo para seguir a Cristo. Las riquezas o incluso lo que a nosotros nos puede parecer valioso, pueden atar nuestro corazón, impidiéndonos entregarnos plenamente a Dios y a los demás.

3. Jesús llama al joven a una entrega radical, a desprenderse de sus posesiones y seguirle, a poner los deseos de riqueza en la riqueza verdadera. Esta advertencia es también para todos nosotros. Jesús nos invita a desprendernos de lo que nos impide seguirle con libertad y generosidad. Nos desafía a poner nuestro tesoro en el cielo, en lugar de en las cosas materiales.

4. ¿Cómo conseguirlo? Se preguntan los discípulos: "¿Quién, pues, podrá salvarse?". Jesús responde: "Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque todas las cosas son posibles para Dios".

La salvación no es obra nuestra, sino de Dios. No podemos ganar el cielo por nuestros propios méritos. Es la gracia de Dios, su amor y su misericordia, lo que nos abre las puertas del reino. Nuestra parte es responder con fe, confianza y obediencia a su llamada.

El encuentro del joven rico con Jesús nos desafía a examinar nuestras propias vidas.

¿Qué cosas me atan y me impiden seguir a Cristo con libertad? ¿La avaricia, la lujuria y la sensualidad, la gula, intentar caer siempre bien, la soberbia y el orgullo, la crítica y la murmuración, la pereza, no conseguir ser siempre el centro de todo, querer tener siempre la razón, juzgar siempre a los demás, no aceptar las correcciones, mi mal genio, mi falta de misericordia, no querer perdonar ni pedir perdón...? ¿Dónde está mi verdadero tesoro?

Pidamos a la Virgen Santísima la gracia de desprendernos de cualquier cosa que nos aleje de Jesús, y que, como ella, nos dé un corazón libre para seguir a Jesús, confiando en su amor y en su poder, que puede hacer posible lo que nos parece imposible.